

ciéndole para el establecimiento del instituto en aquella población una nueva iglesia y casa; y comunicando al general esta noticia, le mandó concurrir personalmente á la elección. Obedió Francisco el precepto en el instante, mas al tiempo de entrar en aquella tierra, espresó: *Aquí será mi descanso por los siglos de los siglos.* Recibieronle los dichos padres con las demostraciones mas reverentes, pero les duró poco su gozo, porque acometido á los dos dias de su llegada de una fuerte calentura, le postró en cama con peligro inminente: en esta disposición escribió á los cardenales Gimnasio y Montalvo, encargándoles encarecidamente la protección de su religion; y habiendo recibido los santos sacramentos con la mayor ternura y devoción, entregó su espíritu en manos del Criador, á las siete de la tarde el día 4 de junio del año de 1608.

Su cuerpo, que desde el instante que espiró despedía de sí una suavísima fragancia, se mantuvo en el féretro por el curso de tres dias para satisfacer la devoción de las innumerables personas que concurrieron á venerarle; despues de los cuales determinaron abrirle, y se halló ceñido con un áspero cilicio, bajo el que estaba una plancha de hierro tan adherida á la carne, que costó mucho trabajo despegarla, y quedándose los padres de Auñon con el corazón y las entrañas, se hizo la traslación de su cadáver á la iglesia de Santa María la Mayor de la ciudad de Nápoles.

Desde luego quiso el Señor manifestar la santidad de su siervo por medio de no pocos milagros; y justificados plenamente los que obró en vida, y despues de su muerte, con el heroísmo de sus virtudes en el proceso informativo, hecho á este efecto, espidió el decreto de su beatificación la santidad de Benedicto XIV, en el día 4 de junio del año de 1769, en el mismo día de su exaltación al trono.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Es de fe que los fieles que mueren en gracia sin haber satisfecho suficientemente en esta vida por las penas debidas á sus culpas, satisfacen por ellas en la otra, padeciendo terribles tormentos en el purgatorio.

Los herejes de estos últimos tiempos, enemigos de la penitencia, no contentos con desterrarla en esta vida, la escluyeron tambien de la otra; y cegándolos el amor á la disolución, tanto del corazón, como de las costumbres, conspiraron en negar el purgatorio contra el testimonio auténtico de la sagrada Escritura y de

la tradición; esto es, no quieren confesar que padezcan penas algunas aquellas almas que pasaron de esta vida á la otra sin estar bastantemente purificadas para entrar desde luego en el cielo. Si creyeran esto, se considerarían obligados á mortificarse, á macerar su carne, á cumplir las penitencias que se les impusiesen; y esto no se componía bien con la licencia á que aspiraban, siendo este el verdadero origen de todos sus errores. En medio de eso es cierto que no hay punto mejor establecido ni mas claramente demostrado, así en la Escritura como en la tradición.

Es cosa santa y saludable rogar á Dios por los difuntos para que sean libres de sus pecados, dice el Espíritu Santo en el segundo libro de los Macabeos. *Hay algunos pecados,* dice Cristo, *que no se perdonan en este mundo ni en el otro;* lo que no diría, glosa S. Agustín, si muchos no se perdonáran en el otro. Es cierto que no se perdonan en el cielo, donde no entra cosa manchada; tampoco se perdonan en el infierno, de donde está desterrado todo perdón y toda misericordia; con que es preciso que solo en el purgatorio se perdonen. S. Pablo dice, *que algunos fieles no se salvarán hasta que pasen por el fuego;* y san Agustín, S. Cipriano, S. Ambrosio, S. Jerónimo, y hasta el mismo Orígenes entienden este tránsito por el fuego del purgatorio. Gran dolor es que haya hombres tan preocupados del error que se resistan á reconocer esta verdad.

Tampoco se puede poner en duda la tradición del purgatorio; porque esta es, y esta fué siempre la doctrina de todas las iglesias del mundo desde Jesucristo acá. Hace evidencia de este punto el testimonio auténtico de los santos Padres que florecieron en todos los siglos, por el cual no solo consta cual fué la fe de la Iglesia en todos tiempos sobre este artículo, sino tambien cual fué en todos los siglos su ardiente caridad y su zelo por el alivio de los fieles difuntos.

S. Gregorio Nazianceno, doctor de la Iglesia, que vivió al principio del cuarto siglo, en el discurso sobre *las santas luminarias,* dice: Ningun hombre hay tan virtuoso, tan puro ni tan santo en este mundo, que acaso no necesite purificarse en el otro por el fuego: *In altero awo igne fortasse baptizabuntur.*

S. Juan Crisóstomo, una de las mas resplandecientes antorchas de la Iglesia, que floreció hácia la mitad del mismo siglo, en la homilia 21 sobre los Actos de los Apóstoles, dice: No penseis que son inútiles las oraciones, las limosnas ni las ofrendas que se hacen á Dios por los difuntos: *Non frustra oblationes pro defunctis, non frustra preces, non frustra ele-*

mósynæ. El mismo Dios fué el que instituyó entre los fieles este piadoso comercio de caridad, para que reciprocamente nos ayudásemos los unos á los otros: *Ut nos mutuam juvemus*. No se contenta el ministro del altar con clamar al Señor, implorando su misericordia en favor de los que murieron en la fe de Jesucristo: *Non simpliciter minister clamat pro his qui defuncti sunt in Christo*: ofrece tambien por ellos el divino sacrificio. Nosotros, pues, hermanos míos, convencidos de esta verdad, consideremos lo mucho que podemos aliviar á aquellas afligidas almas: *Hæc scientes, consideremus quantas consolationes possumus mortuis, pro lacrymis, pro lamentis, pro monumentis prestare*. No, no las aliviaremos ni con las lágrimas, ni con los suspiros, ni con los soberbios sepuleros, sino con las oraciones y con las limosnas que hiciéremos por ellas: *Nempe elemosynas, preces, orationes*: para que ellas y nosotros lleguemos, por las gracias y por la misericordia de nuestro Salvador Jesucristo, á la eterna bienaventuranza que nos está prometida: *Ut illi, et nos assequamur promissa bona, gratia et misericordia Unigeniti Filii, etc.*

El mismo S. Crisóstomo en el tercer sermón que predicó sobre la Epístola del apóstol S. Pablo á los Filipenses: Escuchad, dice, como habla Dios: Yo protegeré á esta ciudad por mi propio amor, y en consideracion de mi siervo David: *Audi Deum dicentem: Protegam urbem hanc propter me, et propter David servum meum*. Si la memoria sola de un hombre justo puede tanto con Dios, ¿cuánto podrán las buenas obras hechas por el alivio de los que están en el purgatorio? *Si sola justis memoria tantum valuit; ubi opera præterea pro mortuo fiunt, quid non poterunt?* No sin razón nos manda el Apóstol rogar por los difuntos en el augusto y tremendo misterio del altar: *Non frustra hæc ab apostolicis sunt legibus constituta, ut in venerandis atque horrificis mysteriis, memoria eorum fiat qui decesserunt*. Sabia bien el gran provecho que de esto se les habia de seguir: *Noverat hinc multum ad illos lucri accedere, multum utilitatis*. Porque cuando el pueblo, junto con los sacerdotes, ofrece al Señor este tremendo y adorable sacrificio, ¿cómo puede dejar de mover el corazón de Dios en favor de los difuntos por cuyo alivio le ruega? *Eo enim tempore quo universus populus stat manibus passis, ac catus sacerdotalis: et illud horrorem venerationis plenum incutiens sacrificium: quomodo Deum non placabunt pro istis orantibus?* Hablo solo de aquellos que murieron con la fe despues de recibido el bautismo: *Atque id quidem de his qui in fide decesserunt*: pues por los catecúmenos difuntos no se

puede ofrecer el divino sacrificio: *Catecumeni neque hac dignantur consolatione*: por estos solo se puede hacer oracion y dar limosnas; caridad que los servirá de algun alivio y refrigerio: *Licet pauperibus pro ipsis dare; atque hinc aliquid percipiunt refrigerationis*.

S. Agustin, aquel insigne doctor de la Iglesia, que vivió tambien en el mismo siglo, habiendo nacido el año de 354, en el libro del cuidado que se debe tener con los muertos, dirigido á su amigo Paulino, presbítero de Milan, el mismo que á ruego del Santo escribió la vida de S. Ambrosio; S. Agustin, vuelvo á decir, respondiéndole á algunas dificultades que este su amigo le habia propuesto sobre el cuidado de los difuntos, así en orden al cuerpo dándolos sagrada sepultura, como en orden al alma haciendo oracion por ellos: Hay difuntos, dice el Santo, á quienes de nada sirven las oraciones ni los sacrificios, porque murieron en desgracia de Dios: *Sunt aliqui quos nihil omnino adjuvant ista quorum tam mala sunt merita, ut neque talibus digni sint adjuvari*. Hay otros que no necesitan de ellos, porque ya gozan del Señor en la patria celestial: *Quorum tam bona ut talibus non indigeant adjumentis*. Pero muchos hay que habiendo muerto en gracia sin haber satisfecho enteramente lo que debian á la divina justicia, pagan en la otra vida lo que no pagaron en esta, y á estos les son de gran provecho las oraciones de la Iglesia: *Et ita fit quod neque inaniter Ecclesia quod potuerit religionis impendat*.

Leemos en el libro de los Macabeos, continua el santo Doctor, que se ofrecia sacrificio por los difuntos: *In Machabæorum libris legimus oblatum pro mortuis sacrificium*. Pero aunque no nos dieran este testimonio las Escrituras, bastaria para autorizarlo la práctica de la Iglesia universal; pues nadie ignora que cuando el sacerdote ofrece por el pueblo el sacrificio del altar, siempre hace conmemoracion de los fieles difuntos: *Ubi in precibus sacerdotis, quæ Domino Deo ad ejus altare funduntur, locum suum habet etiam commendatio mortuorum*.

Siendo esto así, concluye el Santo hácia el fin del mismo libro, no pensemos que pueden aprovechar á los muertos sino las oraciones, los sacrificios y las limosnas que hacemos por ellos: *Quæ cum ita sint, non existimemus ad mortuos pro quibus curam gerimus pervenire, nisi quod pro eis sive altaris, sive orationum, sive elemosynarum sacrificiis solemniter supplicamus*. Verdad es que no á todos aprovechan estos sufragios, sino solamente á aquellos que en vida merecieron los aprovechasen despues de su muerte: *Quibus non pro quibus fiunt omnibus pro-*

sunt, sed iis tantum quibus dum vivunt comparatur ut prosint. Pero como nosotros no podemos hacer esta distincion, ofrecemos generalmente por todos los fieles difuntos nuestros sacrificios, nuestras limosnas y nuestras oraciones, para que se aprovechen de ellas los que puedan: *Sed quia non discernimus qui sint, oportet ea pro regeneratis omnibus facere, ut nullus eorum pretermittatur, ad quos hæc beneficia possint, et debeant pervenire.* Y añade el santo Doctor que estos sufragios cada uno los debe hacer con mas particularidad por sus parientes, para que sus parientes los hagan tambien por él: *Diligentius tamen facit hæc quisque pro necessariis suis, quod pro illo fiat similiter à suis.*

Seria cosa larga referir aquí lo mucho que dicen los demás santos Padres sobre la caridad que se debe tener con aquellas dichosas almas que habiendo muerto en gracia, pero sin satisfacer enteramente lo que debian á la justicia de Dios, van á satisfacerlo en las penas del purgatorio. Puédese leer lo que dice Origenes (autor que floreció en el segundo siglo) en la homilia sexta sobre el Exodo, en la décimacuarta sobre el Levítico y en la duodécima sobre Jeremías; lo que S. Cipriano (que vivió en el tercero) dice sobre el mismo asunto en su Epístola á Antoniano; lo que S. Cirilo, patriarca de Jerusalem, dice en la quinta Catequesis; y en fin, lo que dice S. Gregorio Niseno en su discurso sobre los muertos y sobre los párvulos. Léase tambien á san Jerónimo en el libro 2.º contra Joviniano, á S. Paulino en su Epístola á Delfin, obispo de Burdeos, y á otros muchos de los primeros siglos, en los cuales se verá la antigua tradicion de la Iglesia desde el tiempo de los sagrados Apóstoles, sobre las oraciones y los sufragios por los difuntos; y el zelo con que en todo tiempo exhortaron los santos Padres á todos los fieles para que tuviesen caridad con aquellas almas tan dichosas como afligidas.

Lo asombroso es, que los herejes de nuestros tiempos no quieren reconocer en esto sus errores, aunque no ignoran ni pueden ignorar la autoridad de esta tradicion; y que apretado el mismo Calvino con la fuerza de tantos y tan evidentes testimonios tuviese desvergüenza para decir que todos los santos Padres, desde los Apóstoles acá, se engañaron groseramente, y cayeron en error: *Fatendum est in errorem fuisse obreptos*; al mismo tiempo que en otros cien lugares asegura que la fe se conservó en su pureza en los Padres de los seis primeros siglos.

Si son inescusables los herejes que no quieren creer el purgatorio, ¿lo serán menos los cristianos que creyéndole, se niegan

ó se olvidan de aliviar las almas de sus hermanos que están padeciendo tan crueles penas en aquel calabozo de tormentos? ¡Qué crueldad! ¡qué impiedad, tener tan en la mano el modo de aliviarlas, de abreviar sus penas, de libertarlas de ellas, y no querer hacerlas este importantísimo bien! Mi Dios, cuánto es de temer, y qué justo será que algun dia digais á estos durísimos corazones: *Nonne ergo oportuit, et te misereri conservi tui?* Dime, ¿no era mucha razon que tú te compadecieses de tu compañero, de tu amigo, de tus hermanos, de tus hermanas, de tu padre y de tu madre? *Et iratus Dominus tradidit eum tortoribus, quoadusque redderet universum debitum.* Y el Señor justamente irritado te entregará á los ministros de su divina justicia para que te atormenten hasta que le pagues todo lo que le debes, hasta el último maravedí: *Judicium enim sine misericordia illi qui non fecit misericordiam*; porque al que no tuvo misericordia ni compasion de otros, es muy debido que se le juzgue sin compasion y sin misericordia.

La misa es la cotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente:

O Dios, criador y redentor por las piadosas oraciones de de todos los fieles, conceded á vuestra Iglesia el perdon que las almas de vuestros siervos y siempre desearon de tí. Que vi-siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan

La Epístola es del cap. 14 del Apocalipsi.

En aquellos dias: Oí una voz Desde ahora, les dice el Espíritu del cielo, que me decia: Escrito, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

REFLEXIONES.

Ahora los dice el Espiritu que descansen de todos sus trabajos. No es esta vida el tiempo del descanso. Nació el hombre para el trabajo, y es la vida un mar agitado de continuas olas. Es una perpetua navegacion; ¡qué tempestades se han de esperar! ¡qué escollos, qué borrascas, qué naufragios se deben temer! Es una continua guerra; ¡qué combates se han de dar! ¡qué asaltos se han de sufrir! ¡qué estratagemas, qué ardidés del enemigo se han de precaver! ¡cuantos géneros de ene-

migos hay que superar! Es menester estar siempre de centinela contra los sentidos. El primer traidor es nuestro mismo corazón; conspiran casi todas las criaturas para ganarle y para corromperle; el amor propio es nuestro mayor enemigo; el mundo tiene jurada nuestra pérdida. En tan triste, en tan peligrosa situación, ¿como podemos descuidarnos, entregados á una ociosa seguridad? ¿y qué suerte será la de aquellos hombres haraganes, que pasan los dias enteros en una perpetua inacción? No es el mundo lugar de reposo. ¡Qué caro no costó á las vírgenes necias un breve rato de sueño! ¡al siervo flojo y perezoso cuanto le costó su pereza! Sobre todo, el tiempo del trabajo es corto, y á un puñado de dias laboriosos seguirá una eternidad dulce, tranquila y sosegada. Solo el cielo es lugar de descanso, donde reina una eterna calma. Luego que entra el alma en el gozo de su Señor, acabáronse los cuidados, las inquietudes, los afanes, las pesadumbres; todo se desterró, todo se olvidó en aquella dichosa mansion; y si se hace alguna memoria de ello es para que la alegría presente sea mas pura, y la quietud mas deliciosa. Los empleos mas elevados del mundo son los que ordinariamente están mas espuestos á las tormentas y á las tempestades; en los valles hay mas abrigo que en las cumbres, pero tambien en ellos se deben siempre temer las inundaciones. Los honores, las riquezas, las dignidades, los empleos de mayor ruido, todas son cargas muy pesadas; y tanto, que por mas que se haga, es preciso gemir debajo de ellas. En todo cuanto hay criado se encuentra un vacío que disgusta. Solo en el cielo la alegría es pura, los gustos llenos, los bienes sólidos y la felicidad completa y eterna: *Opera enim illorum sequuntur illos*. ¿Es posible que un corazón racional y un corazón cristiano pueda tener otra ambición, ni suspirar por otra fortuna?

El Evangelio es del cap. 6 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á los muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, la que daré por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decían: ¿Como puede éste dar-

nos á comer su carne? Y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

De la muerte de los justos.

PUNTO PRIMERO. — Considera qué cosa tan dulce es morir cuando se ha vivido bien. Es la muerte pena del pecado; con que en rigor solamente debe causar dolor á las almas manchadas con la culpa. ¿Ni como puede menos de llenar de consuelo y de alegría á las que vivieron en un continuo ejercicio de las virtudes cristianas? ¿puede dejar de morir contento el que muere santo?

La muerte de los justos, dice el Profeta, *es preciosa en los ojos del Señor*; le es muy agradable. Todo lo precioso se estima; en cualquiera parte en que esté se cuida mucho de ello. Mas que mueran los justos destituidos de todo humano consuelo, como un S. Pablo primer ermitaño, como un S. Francisco Javier; mas que mueran de repente, nunca es imprevista su muerte, siempre tiene Dios un cuidado de ellos muy particular. ¿Como puede dejar de ser feliz una muerte tan preciosa? Con efecto, todo debe contribuir, y todo contribuye al consuelo de las almas justas en aquella hora. ¡Qué consuelo, qué gusto no siente en ella un hombre que vivió cristianamente, que se entregó á la virtud, que se dió al ejercicio de la penitencia! Y la esperanza de lo futuro, ¿como puede menos de mitigar los dolores del estado presente?

Ya en fin se pasó todo lo que parecia penoso en el servicio de Dios: ayunos, retiro, penitencias, mortificación, trabajos, desprecios, rigores, austeridad, todo se acabó; el bien y el mal igualmente se desvanecieron. ¡Qué consuelo el de aquella hora por no haber hecho todo el mal que se pudo! ¡y qué alegría por haber practicado todo el bien que se debió! Y mas cuando se trae á la memoria el dolor que entonces se tendria de no haberlo practicado.

Por largo tiempo que se haya vivido, en aquella hora se representa como un solo instante el espacio que corrió entre el dia del nacimiento y el último dia de la vida. ¿Pues como podrá uno dejar de darse á sí mismo el parabien de haber prevenido, por medio de una santa vida, los crueles remordimientos que sienten los pecadores en aquella hora?

¿De qué me servirá al presente, dice un moribundo, haber brillado, haber hecho una gran fortuna, haber tenido amigos poderosos, haber poseído los primeros empleos? ¿de qué me ser-

virá haberme hallado en todas las diversiones, haber sido hombre de corte, haber seguido las máximas del mundo? Ahora condeno, y condenaré por toda la eternidad estas perniciosas máximas. ¿De qué me servirá todo esto, si no trabajé en mi salvacion? Ni todos los bienes ni todas las conexiones del mundo son capaces de diferir mi muerte por un solo instante; desterrado estoy ya para siempre de todos los pasatiempos, de todos los concursos, de todos los gustos de esta vida. ¿Qué consuelo puede causar la memoria de los entretenimientos pasados, ni de todas las fiestas mundanas? ¡Oh, y qué cuerdamente obré cuando detesté con tiempo aquello que me habia de condenar por toda la eternidad! ¡Ah, que al presente, quisiera ó no quisiera, todo lo habia de dejar; me habia de arrancar de aquellos gustos, habia de romper aquellos lazos! ¿Qué te parece? ¿no servirá de gran consuelo, no causará un suavísimo gozo el haberlos hecho pedazos muy de antemano voluntariamente?

PUNTO SEGUNDO. — Considera la impresion que hacen, así en el ánimo como en el corazón de un moribundo ajustado, las reflexiones que le ocurren cuando está para morir, despues de haber tenido una vida verdaderamente cristiana.

El punto que se trataba era no menos que de una eternidad feliz, ó de una eternidad desdichada. Mi salvacion era mi único negocio; haber manejado con acierto todos los demás, y haber errado este, seria haberlo perdido todo, y estuve muy á peligro de errarle. ¡Ay de mí si le hubiera desacertado! Este pensamiento me estremece; pero acértele por la misericordia de mi Dios. ¡O Señor, y cuanto consuela este pensamiento!

Representémonos un hombre que viene de una provincia muy distante para un negocio de la mayor consecuencia. Trátase en él no menos que de su honra, de su hacienda y de su vida; llega en el tiempo crítico para hablar al príncipe, para informar á los jueces, para responder á las acusaciones, para justificar su causa: un día, ó dos horas mas que se hubiera detenido, ya llegaba tarde; cerrábase el proceso, y se le condenaba á muerte sin remedio. ¡Qué gozo seria el de este hombre por no haberse detenido á fiesta ni á diversion en el camino! ¡Pues qué si por haber hecho aquella diligencia se le proporciona una deshecha fortuna; si va á ser colmado de bienes y de honras; si le declara el príncipe por su valido ó por su primer ministro; qué consuelo, qué gozo será el suyo por haber llegado tan á tiempo!

¿Se arrepentirá entonces de no haberse detenido á gozar algunas fiestas, ó de no haber disfrutado alguna mayor comodidad con que pudo hacer la jornada, haciéndola mas despacio? Sobre todo si llega á entender que tantos otros que hacian el propio camino y se hallaban en el mismo caso, ó por dejarse vencer de las importunas instancias de sus falsos amigos, ó por haber hecho muchas paradas, ó por querer caminar con todas las conveniencias perdieron el pleito, y para colmo de su desdicha, despues de perder toda la hacienda, perdieron tambien la vida en una afrentosa horca. Imagina, si es posible, pensamiento de mayor consuelo, gozo mas puro ni mas sólido, satisfaccion mas completa. Pues todo esto no es mas que una imperfecta figura de lo que pasa en la muerte de los justos. ¡Buen Dios, y qué gusto es hablar en el puerto de los peligros que se corrieron, y dichosamente se evitaron en el golfo! Dos horas despues de la muerte ¡cuanto consuelo causa la memoria de los trabajos que se padecieron por Dios durante el curso de la vida! ¿Vino jamás al pensamiento de un moribundo el arrepentirse de no haber seguido con mas ardor los locas máximas del siglo; de no haber vivido con mayor regalo; de haber hecho una vida demasadamente cristiana, recogida y pura; de haber sido mas humilde, mas contenido y mas mortificado de lo que fuera justo? Al contrario, entonces se llora el mucho tiempo que se malogró en las profanas diversiones del mundo; llórase el haber amado tanto la profanidad, la vanidad y los pasatiempos; llórase el haberse dejado tiranizar de los respetos humanos. ¡Ah, que acaso nuestra vida está únicamente llena de todo aquello que causa cruel dolor, y amargo arrepentimiento en la hora de la muerte!

No permitais, Señor, que algun dia me sirvan de esta desconsolada materia tan saludables y tan concluyentes reflexiones. Asistidme con vuestra divina gracia para que viva como vivieron los santos, á fin de morir como los santos murieron, y acompañarlos despues en la vida eterna de la gloria. Amen.

JACULATORIAS. — Dichosos aquellos que mueren en el Señor. (Apoc. 14.)

Muera yo con la muerte de los justos, y sea el fin de mi vida semejante en todo al suyo. (Núm. 23.)

PROPOSITOS.

1 Ninguno hay que no desee morir con la muerte de los

justos, ninguno que no tenga envidia á su dichosa suerte. La muerte á todos nos iguala; por ella todos quedan á un nivel. Clases, dignidades, empleos, nacimiento ilustre, en la muerte todo se acaba, todos estos títulos dejan de serlo, y entonces no hay otros derechos que los que da la virtud. Vida pura, devoción sólida, bondad exacta; caridad sin mezcla, mortificación continua, observancia constante; esto es lo que consuela, esto es lo que se estima, esto lo único que da contento en aquella última hora. ¿Y por qué no será todo esto el objeto de la ambición, y la materia de los cuidados mientras dura la vida? Todos convienen en que esta es la mayor fortuna que se puede hacer; todos sabemos el secreto para hacerla; todos tenemos en nuestra mano los medios; ¿por qué razón no nos serviremos de ellos? Toma desde este mismo punto la generosa resolución de trabajar eficazmente, con el auxilio de la divina gracia, en hacer esta gran fortuna. Sea de hoy en adelante el objeto de tu noble ambición la dichosa suerte de los santos. Dite á tí mismo con frecuencia lo que tantas veces se repetía á sí mismo S. Bernardo: *Conviene morir con la muerte de los justos, mas para eso es menester vivir como ellos.* No emprendas cosa considerable sin examinar primero si será ó no será conducente para lograr una santa muerte. Al despertar por las mañanas, dite, como se decía Sta. Teresa: *Dios me da este dia mas para merecer en él la eterna bienaventuranza.* Siempre que dé el reloj las horas repite lo que decía la misma Santa: *Ya estamos una hora mas cerca de la muerte; quiera Dios que sea santa.* Acuérdate que la vida mas observante, mas mortificada, mas ejemplar será inútil si no logras una buena muerte.

2 La congregacion de la buena muerte está hoy muy estendida, no solo en toda Italia y en la mayor parte de las ciudades de Francia, sino tambien en muchas de España; si la hubiere en el pueblo donde resides, alístate luego en ella, pues no tiene otro fin que facilitar los medios para que tengan una dichosa muerte todos sus congregantes. Por ser esto lo que importa mas á todos los fieles, han franqueado los sumos pontífices el tesoro de la Iglesia á todas esas piadosas fundaciones, que solo obligan á vivir de manera que se consiga la muerte de los justos, y á rogar incesantemente unos por otros para lograr la gracia de una dichosa muerte. Practícanse estos ejercicios, por lo mas comun, en las iglesias de los colegios de la Compañía. No malogres un medio de tanta importancia y tanto interés tuyo.